

## Obelisco de Subirachs, con efigie de dos metros del «president»

# El monumento a Macià en su población natal, Vilanova i la Geltrú

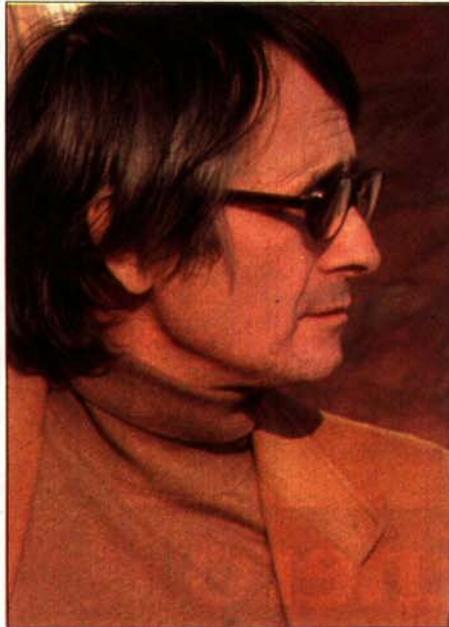
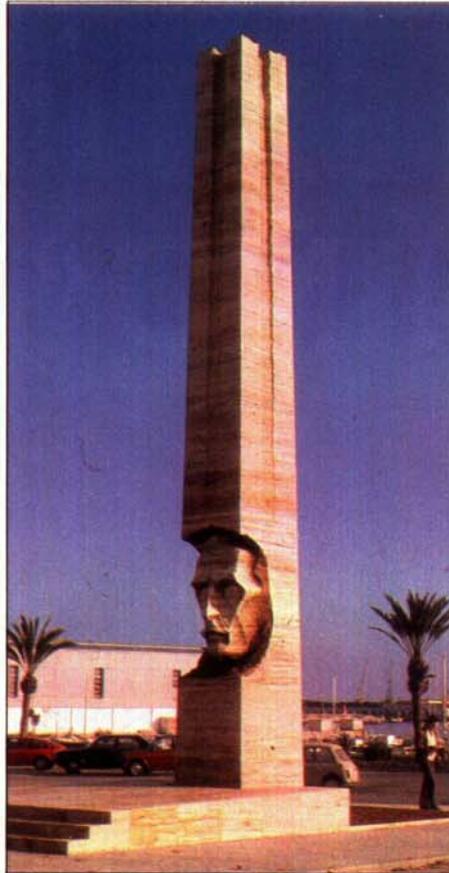
En general poco se recuerda de Francesc Macià i Llussà, primer presidente de la Generalitat restaurada, nació en Vilanova i la Geltrú. Más bien se tiende a buscarle vinculación natal con Les Borges Blanques, de donde procedían sus padres, Joan, de "cal Ganyada", más conocido por el sobrenombre de "Joan de l'Albí", y Maria, de "cal Gimeno". Los Macià se dedicaron al comercio marítimo del aceite de Les Garrigues y a la exportación ultramarina del vino. Vilanova i la Geltrú, aquel 1859 en que nació Francesc, el año de los Juegos Florales, era un hervidero de navegantes y de toneleros. Hasta que la filoxera y la pérdida del mercado colonial americano entronizaron la crisis, ya en el fin de siglo, Vilanova i la Geltrú fue una villa de gran prosperidad, capaz de desafiar colectivamente todos los impedimentos orográficos y de divertirse sin contemplaciones.

El joven militar Francesc Macià, a lo que parece, iba montado en la locomotora "Gumà" que arrastraba el primer convoy ferroviario que atravesó el subsuelo del Garraf para enlazar la impetuosa Vilanova del momento con la capital. Al año de aquel triunfal 1881 moría el padre, seguidor entusiasta del progresismo de Prim y Balaguer, inspiradores lejanos del "Casino Artesano" que el pueblo dio en llamar "Portugal" en recuerdo del refugio atlántico del conspirador reusense de 1867. En realidad, el joven Francesc Macià debió sentir la llamada de la vocación militar viendo evolucionar las caballerías de los soldados de guarnición en la plaza de los Cuarteles. Cuando le faltaban algunos meses para cumplir los veinte años se licenció con el grado de teniente y recorrió destino diverso en Madrid, Barcelona y Sevilla hasta que en 1887 llegó a la Comandancia Militar de Ingenieros de Lérida. El que fuera teniente coronel Macià siempre en vida debió admirar al tipo de militar valeroso, dispuesto a defender con coraje la "voluntad" nacional. Se ha insistido poco en que para él el militar querido por el pueblo se encarnaba en Prim, fascinante luchador por la libertad.

Macià tuvo la buena estrella de ver cumplida en vida parte de sus esperanzas. Murió en momentos de euforia autonómica, casi idolatrado por su pueblo, que le tributó un multitudinario homenaje póstumo. Era estimado por todos, más allá de banderías, y quizá por este detalle alguien ha podido cuestionarse su profesionalidad política. Hermanó voluntades, contagiado serenidad. Y murió en la Casa dels Canonges el día de Navidad de 1933. Consiguó ser recordado como el presidente de todos y siempre hubo quien pudo soñar que con él hubieran podido evitarse los desastres de la guerra.

### "Volem les nostres estàtues"

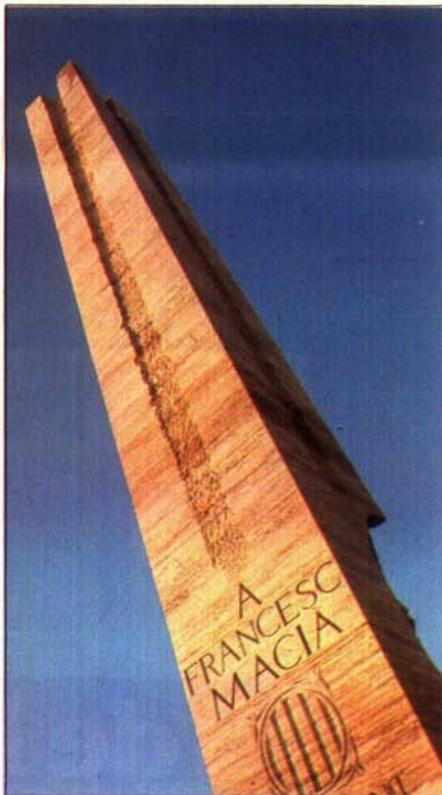
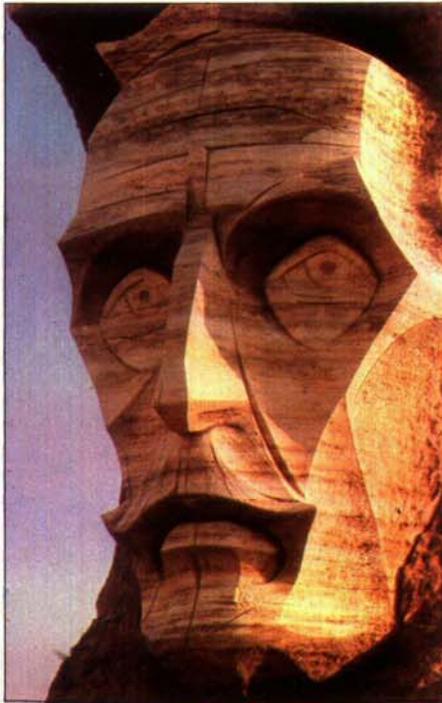
Toda colectividad necesita puntos de referencia singulares: hombres, lugares, fechas. El solo nombre de Francesc Macià ha encarnado por mucho tiempo un anhelo colectivo de libertad en plácidez. Su figura ha tendido con el tiempo a aureolarse en mito y pronto descenderán sobre él los depredadores con artimañas científicas para descubrirnos que fue también humano. Pero en los tiempos en que lo que estaba prohibido era una parte de la realidad, falseada y sustituida por mitos que hasta el momento nadie se ha aplicado a desvelar, Macià fue un recuerdo eficaz. Por ello, cuando fue posible, tantos se



dispusieron a rendirle agradecido homenaje. Macià no tuvo en cuarenta años el monumento que se merecía más que en el afecto íntimo de innumerables ciudadanos. Su nombre desaparecía de la vida pública catalana con el monumento al doctor Robert. O el de Rafael de Casanova. Buen cuidado tuvieron los vencedores de retirar señas de identidad pútreas de los espacios públicos. Anónimamente lo denunciaba, con falso pie de edición en Ginebra, el historiador Ferran Soldevila en un folleto clandestino que se tituló "Volem les nostres estàtues".

En la Vilanova i la Geltrú recién ocupada trocearon la placa de mármol con relieve

del escultor Rebull —que fue diputado por Esquerra en el distrito— que daba nombre a la Rambla Macià, en seguida del Caudillo. Todavía hoy se ignora su paradero, así como el del retrato de Macià, debido a Alexandre de Cabanyes, que presidía la sala de sesiones municipal. Anécdotas semejantes ilustrarían similar conmoción en cualesquiera otras poblaciones catalanas. La intenciona de borrar de un plumazo la memoria colectiva tarde o temprano debía fracasar. Ya desde finales de 1975 muchos esperaron que la Rambla Principal vilanovina recuperaría su nombre. Y en 1977 se constituyó la Comisión Pro-Monument a Francesc Macià con la decidida volun-



dad de coordinar esfuerzos. En Barcelona, Salvador Grau-Mora lanzaba desde el diario "Avui" la idea de una colecta pública para un monumento barcelonés. Con aportaciones de muy diversa cuantía, los dos proyectos han ido recabando fondos durante algunos años. Los vilanoveses conectaron, a través del periodista Molero Pujós y del galerista Miquel Adrià, con el escultor Josep M. Subirachs, que con denodado entusiasmo se puso de inmediato manos a la obra. Pronto, gracias a la ayuda de la comisión local del Congreso de Cultura Catalana, entonces en plena actividad, se pudo editar el opúsculo biográfico de Macià del historiador Albert Virella i Bloda,

con un dibujo en la portada de Subirachs, quien a su vez facilitó la edición de una litografía original suya con cuya venta incrementar los recursos para la erección del monumento.

### Piedra andaluza

En principio, la idea del escultor consistía en la utilización para su obra de un material popular y contemporáneo como el hormigón: cuatro pilastras truncadas emergían del subsuelo, sacralizado en cripta a la que se podía acceder por nueve escalones. Pasado el tiempo de una difícil recolecta, a que contribuyeron decisivamente con sus aportaciones las instancias oficiales, particularmente el

Ayuntamiento y la Generalitat, Subirachs propuso el actual obelisco formado por cuatro barras de piedra de travertino de doce metros y medio de altura. Así se ha ido levantando en estos últimos meses. En la misma piedra el artista ha esculpido, muy expresiva, la efigie de Macià de dos metros: espectrales ojos como de un revivido Comte Arnau, angulosa faz, el rostro del idealista luchador da la espalda al mar original para abrazar la totalidad del pueblo. En el telón de fondo, suaves montañas azules de la cordillera prelitoral. La Rambla, como una vida para el paseante, muere en el mar y Francesc Macià se niega a darse por vencido en un esfuerzo supremo de presencia aupada por muchos.

Es necesario destacar, por otra parte, que el travertino del monumento vilanovés no procede de las canteras romanas de donde lo extrajeron los que trabajaban las fuentes de Bernini y la Columnata de la Plaza de San Pedro. Nos ha venido, como tantas otras cosas positivas, de Andalucía, y concretamente de Solves (Almería). Es ésta una piedra que se endurece con el tiempo, calcárea y llena de impurezas, pero de una nobleza consistente, con vocación de perdurabilidad más allá de las contingencias. Como todo monumento clásico, el de Subirachs aúna los tres valores de contemporaneidad, creatividad y precisa correlación entre forma y materia: responde al tiempo actual, no cae en estéril mimesis sino que recrea la forma clásica del obelisco como si se hubiera descubierto en la misma piedra, fosilizada y viva al tiempo, perenne, la faz de Macià.

El monumento que por suscripción popular ha puesto en pie Vilanova i la Geltrú en honor de Francesc Macià, su hijo más ilustre, ha podido ser el primero en Cataluña después de sorteadas numerosísimas dificultades. Hoy es ya una realidad: un tiempo termina y otro nuevo, agradecido sin nostalgias estériles, amanece. Como todo, el monumento nace de la tierra original. Obelisco inacabado, como roto por la parte superior, nos dirá para siempre que debe continuarse la obra a pesar de todo, día a día. Nada se termina ni obra humana consigue la perfección sin esfuerzo. A veces se ciernen sobre todos accidentes, cataclismos, guerra y destrucción. Pasan años hasta que llega el momento de la reconstrucción. Por las cuatro caras del obelisco, como un arañazo brutalista nos recuerda quizá las heridas: de arriba abajo la piedra sangra, recuperando calidad escultórica. Pero sin la huella de un dedo más allá de lo inmediato no podríamos imaginar las cuatro barras, o cuatro pilares, que podrían encontrarse para sustentar ya para siempre una bóveda. A vuelo de pájaro, la cruz de San Jorge, de brazos iguales.

Finalmente Macià tiene su monumento en Cataluña, en su natal Vilanova i la Geltrú: nacido de la tierra de origen, enraizado como un árbol al suelo natural, anclado en tierra. En su inauguración, el domingo pasado, echaron a volar unos cientos de palomas y se elevaron en silencioso homenaje unas docenas de cometas de papel de todos los colores del sueño, como las que el joven Francesc Macià correteando por la playa iba proyectando en el cielo, más allá de las velas y el mar, sustentando firme en sus manos el dominio de su propia estrella.

ORIOL PI DE CABANYES  
Fotos: JORDI BELVER